

INTRODUCCIÓN

Texto: «Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros.» (1 Pedro 3:15)

Nuestro nombre, Adventistas del Séptimo Día, es expresivo de dos características prominentes de nuestra fe y esperanza. Como Adventistas, esperamos el advenimiento personal y el reinado de Jesucristo. Y al buscar esa preparación necesaria para encontrarnos con nuestro Señor que pronto viene con alegría, hemos sido guiados a la observancia del séptimo día de la semana como el día de reposo santificado del Creador.

Estas características distintivas de nuestra fe religiosa son impopulares. Somos plenamente conscientes de que existe mucho prejuicio en el mundo religioso contra muchas de nuestras opiniones sobre la verdad bíblica. Esto, sin embargo, existe principalmente por falta de información sobre nuestras verdaderas posiciones, y probablemente, en algún grado, por falta de inteligencia y piedad por parte de algunos que han representado nuestras opiniones. Que Dios nos ayude a superar este prejuicio mediante una defensa clara e inteligente de la verdad, y mediante vidas bien ordenadas, y el espíritu de humildad y amor, que se abrirá paso en los corazones de la gente. El texto sugiere: —

1. Una preparación de corazón antes de involucrarse en la obra de enseñar a nuestros semejantes.

«Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones». En nuestros corazones debemos apartar al Señor Dios como el ser de nuestro amor supremo y el único objeto de adoración. Debemos ser limpiados del pecado y ser imbuidos del Espíritu de Dios antes de involucrarnos en la responsable obra de enseñar la verdad de Dios a otros, no sea que echemos a perder la obra y creemos prejuicios, en lugar de eliminar los ya existentes.

2. Una preparación de la mente para el estudio es sugerida en el texto.

Esto es necesario para estar siempre listos para enseñar a aquellos con mentes inquisitivas. «Y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros.» La verdad divina apela al entendimiento. La gente pide razones, no meras afirmaciones. Aquellos que enseñan deben ser inteligentes. Deben estar preparados. Deben estar «siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande». El más novato en las cosas celestiales puede hacer afirmaciones con toda la confianza de los estudiantes bíblicos experimentados, y sin embargo, por falta de disposición para *escudriñar las Escrituras*, y para *procurar con diligencia presentarse a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse*, puede no ser capaz de dar una sola razón contundente.

3. El pueblo tiene derecho a exigir las razones de nuestra fe y esperanza.

Esto se muestra claramente en el lenguaje del apóstol, que exige estar listo para responder a todo hombre que pregunte. También se ve en la pregunta y respuesta profética, especialmente aplicable a nuestro tiempo: *Centinela, ¿qué de la noche? Centinela, ¿qué de la noche? El centinela dijo: La mañana viene, y también la noche. Si queréis preguntar, preguntad. Volved, venid.*

4. La manera en que deben darse las razones de nuestra fe y esperanza, se establece expresamente:

«con mansedumbre y reverencia». En ausencia de mansedumbre y temor de ofender a Dios, su verdad es débil y casi seguramente será reprochada. Pero cuando se enseña con mansedumbre y reverencia, aparece en su belleza y fuerza. Cristo en su vida fue un modelo de mansedumbre. Los primeros ministros de Jesús, que salieron al mundo recién bautizados con el Espíritu de su Maestro, fueron hombres mansos. Con mansedumbre presentaron a Jesús como el único Salvador de los hombres. Y con temor y temblor, no sea que fallaran en cumplir su alta y santa misión, salieron apoyándose en la fuerza de Aquel que había dicho: *He aquí, yo estoy con vosotros siempre.*

Todos los que están realmente imbuidos del Espíritu de su divino Maestro, manifestarán en buena medida la mansedumbre que caracterizó su vida. Cuando tales personas hablan en defensa de la verdad bíblica, lo harán con mansedumbre y reverencia. El gran apóstol, en vista de las responsabilidades de enseñar la palabra de Dios, usa estas palabras contundentes: «Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden. Para los unos, ciertamente, olor de muerte para muerte; y para los otros, olor de vida para vida. ¿Y para estas cosas quién es suficiente?» (2 Corintios 2:15, 16).

¡Cuán hermosa y cuán eficiente será esa iglesia cuyo ministerio y membresía soportan la feliz carga de la verdad, inteligentes en la palabra de Dios, siempre listos, con mansedumbre y reverencia, para dar respuesta a todos los que preguntan por las razones de la esperanza que abrigan! Los Adventistas del Séptimo Día están haciendo algunos esfuerzos para alcanzar esta posición. ¡Ojalá que nuestro celo en la obra de preparación fuera proporcional a nuestras necesidades y a la gran obra que tenemos por delante!

Es cierto que diferimos en algunos aspectos con otros cuerpos religiosos del tiempo presente, y con la mayoría de ellos diferimos ampliamente. Pero no diferimos de otros por elección. No nos gusta diferir por el simple hecho de ser peculiares. No; elegimos estar en armonía, si es posible, con nuestros semejantes, especialmente con aquellos que reverencian a Dios y su palabra. Creemos que es pecado diferir con otros, a menos que haya buenas razones por las que debamos diferir.

No creemos como lo hacemos por las ventajas de esta vida. No siempre es conveniente observar el sábado, el séptimo día. A menudo es inconveniente estar en desarmonía con todo el resto del mundo dos días a la semana. Con frecuencia sufrimos pérdidas de amigos y ventajas mundanas a causa de nuestra adhesión al sábado bíblico.

No creemos como lo hacemos por tener el mismo tipo de mentalidad. Diferimos en cuanto a temperamento natural y educación, probablemente, tanto como los miembros de cualquier otro cuerpo religioso existente.

No creemos como lo hacemos por un molde denominacional. Hemos sido congregados de Metodistas, Bautistas Regulares, Bautistas del Libre Albedrío, Bautistas del Séptimo Día, Presbiterianos, Congregacionalistas, Episcopalianos, Discípulos, Reformados Holandeses, Cristianos, Luteranos, Católicos, Hermanos Unidos, Universalistas, mundanos e infieles.

Tampoco es por la casta nacional que creemos como lo hacemos. Estamos compuestos en gran parte por americanos nativos, mientras que muchos son congregados de ingleses, galeses, escoceses, irlandeses, franceses, alemanes, noruegos, daneses, suecos, polacos, suizos, italianos y otros. La labor de reunir un cuerpo de creyentes compuesto por tal material, afectado más o menos por los sentimientos y formas religiosas de las diversas denominaciones, con todas sus peculiaridades nacionales —disfrutando, en muy gran medida, de unidad de sentimiento y espíritu— es evidentemente obra de Dios.

¿Por qué, entonces, creemos como lo hacemos? Es por respeto a la Biblia que amamos, y al Dios de la Biblia que reverenciamos, que creemos lo que creemos y somos lo que somos. El principio rector de nuestra fe y práctica, como Adventistas del Séptimo Día, es nuestro respeto por el gran Dios, su palabra viva y la recompensa del galardón.

Nuestra gente ha adoptado un nombre denominacional que expresa las dos características principales de nuestra fe religiosa. Somos Adventistas, y somos observadores del antiguo sábado del Señor. La razón por la que somos Adventistas es porque tomamos la Biblia como significando exactamente lo que dice. ¿Y por qué no hemos de creer que cuando Dios habla a su pueblo, sus palabras significan lo que dicen? Si no significa lo que dice en su palabra, entonces, por favor, díganos qué es lo que sí significa. Si sus palabras no tienen su significado simple, claro y obvio, entonces la Biblia deja de ser una revelación, y Dios debería darnos otro libro para decirnos lo que este significa. Pero la Biblia es su propio intérprete.

Admitimos que el Señor en su palabra ha usado figuras y parábolas, pero en cada caso estas se explican en el contexto. En todos los casos donde no hay

pruebas inequívocas de que se emplea una figura, debemos entender las Sagradas Escrituras como significando palabra por palabra exactamente lo que expresan. Las figuras se dan para una elucidación más clara del tema. Ciertamente el Autor de nuestra bendita Biblia no ha introducido parábolas para oscurecer su significado y confundir nuestras mentes. Los oradores jóvenes a veces emplean figuras más intrincadas que el tema que desean ilustrar. El Señor no hace esto. Se cuenta del Dr. Scott, quien publicó una edición de *El progreso del peregrino* de Bunyan, con notas, que dio un ejemplar de la obra a una pobre lavandera de su parroquia. Pocos días después, la encontró, y tuvo lugar la siguiente conversación: —

"¿Ha leído el libro que le di?" "Sí, señor." "¿Qué le parece?" "Mucho." "¿Lo entiende?" "Entiendo muy bien lo que el Sr. Bunyan ha dicho, y espero en unos días poder entender las notas." ¡Un pobre cumplido, por cierto, para las notas del Doctor! Esta mujer sencilla y sensata no conocía otra forma de entender el lenguaje, sino que significaba lo que decía.

Somos Adventistas del Séptimo Día; pero un Adventista no es necesariamente un *fijador de fechas*. Del cumplimiento de la profecía y de las señales de los tiempos, creemos en la pronta venida de nuestro Señor; pero no somos fijadores de fechas; no sostenemos ninguna fecha futura y definida. El gran movimiento del Segundo Advenimiento nos llevó al tiempo de espera de la venida de Cristo, que es el tiempo especial de vigilia y oración, en vista de la cercanía de ese evento. Probablemente ningún texto de la Escritura expresa tan plenamente nuestra verdadera posición como las palabras de nuestro Señor: «Tened cuidado, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo.» (Marcos 13:33). Sostenemos que los Adventistas fueron correctos en tres de cuatro puntos fundamentales.

1. Fueron correctos en cuanto a la segunda venida premilenial de Cristo.

Ninguna doctrina se establece más claramente, y se sostiene más plenamente por testimonio bíblico directo, que la venida y el reinado personal de Cristo. Y, sea lo que sea que se diga de los Adventistas, este hecho no se negará: que cientos de ministros que creían que la venida y el reinado de Cristo eran espirituales, han

abandonado su interpretación mística de las Escrituras y han adoptado la literal; consecuentemente, son Adventistas. Entre estos se encuentran el evangelista Moody, y el Sr. Patterson, autor de *Fábulas de Infidelidad y Hechos de Fe*.

2. Los Adventistas fueron correctos en su aplicación de los símbolos proféticos de Daniel y Juan.

En esta aplicación, son respaldados por expositores protestantes de renombre.

3. También fueron correctos en su aplicación de los períodos proféticos.

Las fechas fijadas han resistido la prueba de la crítica más rigurosa.

4. Pero nos equivocamos únicamente en el evento que ocurriría al final de los períodos proféticos.

De ahí la desilusión; pero esa desilusión se ve ahora, a la luz del santuario celestial, como un cumplimiento de la profecía; de ahí una señal de la pronta venida de Cristo.

Pero si se objeta que el movimiento del Segundo Advenimiento no pudo haber estado en armonía con la Providencia, en cumplimiento de la profecía, porque quienes participaron en él se desilusionaron, entonces sugerimos que, si el pueblo de Dios nunca se ha desilusionado en el punto mismo de su expectativa cuando la profecía se estaba cumpliendo en su experiencia e historia, entonces puede ser que la profecía no se haya cumplido en el movimiento Adventista. Pero si se puede mostrar una instancia en la Historia Sagrada donde la profecía fue cumplida por aquellos que estaban completamente equivocados en el punto vital de su expectativa confiada, entonces, después de todo, la profecía pudo haberse cumplido en el gran movimiento del Segundo Advenimiento de 1840-4. Este asunto debe ser completamente probado.

El profeta de Dios había pronunciado estas palabras unos quinientos años antes de su cumplimiento: «Regocíjate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde y cabalgando sobre un asno.» (Zacarías 9:9). En cumplimiento de esta profecía,

mientras Cristo entraba a Jerusalén de la manera tan humilde expresada por el profeta, los doce escogidos y la multitud que gritaba exclamaron: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!» (Mateo 21:9). El pueblo, e incluso los discípulos, aún no entendían la naturaleza del reino de Cristo; y verdaderamente pensaban que Jesús en esa ocasión reclamaría su derecho al trono de David, y entonces, y allí, sería coronado rey de Israel.

Y cuando a Jesús se le pidió que reprendiera a sus discípulos, él respondió: *Os digo que si estos callaran, las piedras mismas clamarían*. La profecía había sido pronunciada y debía cumplirse, si el Espíritu de Dios por necesidad debía arrancar hosannas de las mismísimas piedras.

Pero el pueblo no entendió la naturaleza del cumplimiento profético de su tiempo; y su desilusión fue completa. En pocos días presenciaron las agonías moribundas del Hijo de Dios en la cruz; y al morir Cristo, también murieron sus esperanzas en él. Sin embargo, la profecía se cumplió tanto en las fervientes esperanzas como en los hosannas triunfantes de aquellos que tan pronto fueron abrumados por la más amarga desilusión.

Nuevamente, había tres mensajes distintos que debían darse, simbolizados por tres ángeles en Apocalipsis 14:6-12. El primero anunciaba que el tiempo del Juicio estaba cerca. Si Cristo hubiera venido entonces, ¿cuándo se habría dado el segundo mensaje? Ciertamente no después del segundo advenimiento. Por lo tanto, debía haber una demora y una desilusión para dar cabida al segundo y tercer mensaje.